

Del espíritu a la materia y de la materia al espíritu

El Mago alza su varita al cielo y con la otra mano apunta a la tierra. Es el intermediario entre el mundo sutil y el material, la unión de ambos tiene lugar en la mesa donde esperan la transformación los cuatro elementos, aire, tierra, agua y fuego (espada, oro, copa y basto). Así se representa el Arcano I, El Mago, en el tarot. Ese espíritu mediador entre lo alto y lo bajo, lo sutil y lo denso, es uno de los motores de las esculturas de María Torcello. La mayor parte de su obra nace de la esfera que va logrando a partir del corte cilíndrico del lapacho. En la geometría sagrada la esfera es el reino espiritual que debe encarnarse. Esa es la transmutación que logra María en la serie que presenta, **Existencias Paralelas - De la materia al espíritu.**

Hay una tríada de obras referidas a la Estrella (XVII), la Luna (XVIII) y el Sol (XIX), Arcanos Mayores del Tarot. En la primera una mujer echa agua de dos ánforas a un río, ella sabe que el Universo es abundante y por eso el ego no necesita apegarse tanto al mundo material; María la transforma en una talla (**El Aguador**) que insinúa con sutileza el asa, la cavidad y el vientre de un cántaro, mientras que las vetas de la madera parecen correr como las aguas de un río. **El Sol** está resuelto a partir de cuatro curvas talladas que emanan de un eje y parecen girar como un remolino irradiando la luz y el calor del astro que representa el conocimiento intuitivo, el que la razón no puede explicar. **La Luna** es la más dinámica, según como se la mire, como se la recorra, parece contener todas sus fases cambiantes, y en uno de esos ángulos las vetas circulares parecen evocarla con su halo asomándose en un horizonte de mar. Los tres Arcanos superiores, el Sol, la Luna y la Estrella se sitúan en lo alto, en la bóveda celeste. **Correspondencia**, otra escultura, nos recuerda el segundo principio del *Kybalión* - el clásico texto hermético-: “como es arriba es abajo, como es adentro es afuera”; nos muestra el camino de la Unidad. A **Correspondencia** la acompaña **Yin-Yang**, en palabras de la escultora: “los extremos se tocan, no existe uno sin el otro”, insiste en el concepto de Unidad. **La Semilla** es una esfera que se separa como labios que pronuncian el primer sonido, como una flor que se abre o una mujer que da a luz al primer ser; y **Hogar** es una forma que se enrolla a sí misma, casi fetalmente, como sugiriendo que nuestro primer hogar fue el vientre materno, y también un indicador de caminos, más hacia adentro. En todas y cada una de las obras está presente el paso de la materia a lo sutil.

Constantemente María juega con la dualidad de vida-muerte en el lapacho que alguna vez fue plantado; figuración-abstracción, en las representaciones no obvias, siempre insinuadas, naturaleza-cultura, la quietud de las esculturas y el dinamismo de las vetas. Las formas abstractas e inmateriales se hacen figurativas y pesadas en cada obra. Ella domina la forma pero las vetas de la madera emergen a su capricho, busca la pieza perfecta y a la vez respeta la belleza de la imperfección (que los japoneses llaman wabi sabi). María, como El mago, invoca un Reino Superior, sutil, inmaterial y arquetípico que se hace tangible en sus esculturas; elige una forma perfecta, la esfera, que va desbastando hasta llegar a la escultura; elige la madera, que alguna fue árbol (universal y antiguo símbolo de la unión entre la Tierra y el Cielo), y nos ofrece un conjunto de esculturas delicadas y sólidas, insinuantes y concretas, con la secreta ambición de que también nosotros podamos elevarnos hacia aquel Reino donde todo es más puro y luminoso.